

Raíces de una maestra

Yeimi Esmeralda Mejía Curiel*

Mi historia comienza siendo la hija menor de trece hermanos. Crecer en una familia tan amplia no sólo significó aprender a convivir con muchas personas, sino también encontrar, desde muy temprano, un lugar dentro de una dinámica llena de vínculos, aprendizajes y responsabilidades compartidas.

Al ser la más pequeña, mi infancia estuvo acompañada no sólo por mis hermanos, sino también por mis sobrinos, hijos de ellos, algunos incluso cercanos a mi edad y otros mucho más pequeños. Esta convivencia cotidiana con niñas y niños marcó profundamente mi forma de mirar la infancia. No era una observadora externa: formaba parte de sus juegos, de sus descubrimientos y, en muchas ocasiones, también de su cuidado.

Recuerdo especialmente los juegos de roles que compartíamos. Solíamos imaginar que éramos una familia, una escuela o incluso una pequeña comunidad donde cada quien tenía un papel. En una ocasión, decidimos “jugar a la escolita” y, casi sin darme cuenta, asumí el rol de maestra. Organizaba a los niños, proponía actividades y ellos participaban con entusiasmo, imitando situaciones que habían observado en su entorno. Lo más significativo de ese momento no fue el juego en sí, sino lo que ocurrió dentro de él: comenzaron a expresar ideas, a respetar turnos, a comunicarse mejor entre ellos y a resolver pequeños conflictos. A través de ese juego simbólico, aprendieron a convivir, a escuchar y a reconocer el lugar del otro. Fue entonces cuando comprendí que el aprendizaje puede surgir de manera natural cuando los niños tienen la oportunidad de imaginar, representar y experimentar su realidad.

En otra ocasión, mientras cuidaba a varios de mis sobrinos más pequeños, uno de ellos se frustró porque no lograba armar un juguete. Su reacción inicial fue el enojo y el abandono de la actividad. En lugar de resolverlo por él, decidí acompañarlo con paciencia, animándolo a intentarlo nuevamente. Poco a poco, con apoyo y palabras de aliento, logró terminarlo. Su expresión cambió completamente: de la frustración pasó al orgullo. Ese momento me enseñó que el acompañamiento respetuoso fortalece la confianza de los niños en sí mismos y que, muchas veces, lo más importante no es el resultado, sino el proceso.

También recuerdo cómo, en los momentos cotidianos, surgían preguntas inesperadas de los niños: “¿Por qué?”, “¿Cómo?”, “¿Para qué?”. Lejos de ignorarlas, intentaba responder o buscar juntos una explicación. Esos pequeños diálogos despertaban su curiosidad y me hacían notar que enseñar no significa tener todas las respuestas, sino estar dispuesto a construirlas junto con ellos.

Estas experiencias, que en su momento parecían parte natural de la convivencia, fueron dando forma a una inquietud más profunda. Comencé a comprender el valor social de la educación, especialmente en la infancia. Descubrí que la manera en que un niño es tratado, escuchado y acompañado influye directamente en su desarrollo. Entendí que el respeto hacia los niños no es esencial, sino fundamental.

A esta construcción de mi vocación se suma una raíz aún más profunda: la historia de mis padres. Ellos no tuvieron la oportunidad de asistir a la escuela. Mi madre aprendió por sí misma a leer y escribir, impulsada por su determinación; mi padre apenas lograba escribir algunas letras o números. Sin embargo, ambos compartían una convicción firme: que sus hijos tuvieran acceso a la educación que a ellos les fue negada.

Mis hermanos mayores fueron construyendo un camino que poco a poco fue abriendo oportunidades para los que veníamos detrás. Muchos de ellos combinaron el estudio con el trabajo, haciendo esfuerzos significativos para apoyar a la familia y contribuir a que los más pequeños pudiéramos continuar nuestra formación. En ese recorrido también hubo sacrificios importantes: algunos migraron a Estados Unidos en busca de mejores condiciones, con el propósito de fortalecer ese apoyo familiar para que muchos de nosotros tuviéramos la oportunidad de asistir a la escuela y formarnos profesionalmente. Comprender esto marcó profundamente mi decisión. Ser testigo de ese esfuerzo me llevó a reflexionar sobre la importancia de la educación como una oportunidad que no debería faltar en la vida de ningún niño. Fue entonces cuando mi vocación tomó un sentido más claro: no sólo quería ser maestra, quería contribuir a que otros niños también tuvieran acceso a ese derecho.

Mi decisión de ser docente no surgió de un momento aislado, sino de la suma de experiencias personales, familiares y emocionales que, con el tiempo, se convirtieron en una convicción. Elegí el nivel pre-

escolar porque considero que en los primeros años de vida se construyen las bases más importantes del desarrollo humano.

Durante mi formación en la Escuela Normal, mi vocación no sólo se reafirmó, sino que se transformó en una convicción profundamente consciente. Fue en ese espacio donde comprendí que la docencia trasciende la transmisión de conocimientos: implica una responsabilidad ética, social y humana frente a la infancia y a la sociedad. La Escuela Normal representó para mí un punto de inflexión, un lugar donde la sensibilidad construida desde mi historia personal encontró sustento teórico, pedagógico y metodológico.

En ese proceso formativo, reconozco con gratitud a docentes que dejaron una huella significativa en mi manera de entender la educación. Más allá de sus enseñanzas académicas, me transmitieron una forma de ser docente basada en el compromiso, la reflexión y el respeto profundo por los procesos de aprendizaje de las niñas y los niños. Asimismo, la convivencia con mis compañeros fortaleció mi identidad profesional, al permitirme reconocer el valor del trabajo colaborativo, el diálogo y la construcción colectiva del conocimiento.

Sin embargo, una de las influencias más determinantes en mi trayectoria fue la presencia de una directora que se convirtió en un referente ético y profesional. Su liderazgo no se imponía, se construía desde el ejemplo. Era una mujer profundamente apasionada por su labor, con una capacidad constante para motivar, acompañar y transformar. En ella encontré la representación viva de lo que significa ejercer la docencia con vocación, congruencia y sentido humano. Su manera de dirigir, de involucrarse y de creer en su comunidad educativa dejó en mí una marca indeleble que ha orientado mi propio ejercicio profesional.

Las prácticas profesionales fueron otro momento clave en mi formación. En ellas confirmé que la teoría pedagógica cobra sentido únicamente cuando se encuentra con la realidad del aula. Cada interacción con los niños, cada reto y cada logro, representaron oportunidades de aprendizaje que fortalecieron mi capacidad de observación, reflexión y toma de decisiones. Fue ahí donde comprendí que enseñar también implica aprender constantemente.

Estas experiencias me llevaron a asumir que la formación docente no es un proceso que concluye con el egreso, sino un camino permanente de actualización, análisis y mejora. Por ello, reconozco la importancia de continuar mi preparación a través de estudios de posgrado, como la maes-

tría y el doctorado, no sólo como un logro académico, sino como un compromiso con la mejora continua de mi práctica y con la responsabilidad de contribuir de manera más significativa a la transformación educativa.

Mi historia personal no es algo que deje fuera del aula; por el contrario, es una herramienta que guía mi práctica. Haber crecido rodeada de niños me permitió desarrollar una sensibilidad especial hacia la infancia. Haber sido parte de una familia donde la educación se convirtió en una meta me enseñó a valorar profundamente el papel del docente.

Con el paso del tiempo, esa vocación que nació en la infancia se transformó en un camino profesional. Me desempeñé como docente durante once años, etapa en la que confirmé, día a día, el valor del acompañamiento cercano con los niños. Posteriormente, asumí la función directiva durante diez años, donde comprendí la importancia de construir comunidades escolares sólidas, basadas en el trabajo colaborativo y el compromiso. Actualmente, me desempeño como supervisora del nivel preescolar, responsabilidad que he ejercido durante el último año y medio, desde donde continúo impulsando prácticas educativas centradas en la infancia y en el reconocimiento de su contexto, promoviendo que las niñas y los niños desarrollen capacidades para comprender su realidad, participar en ella y transformarla de manera crítica, reflexiva y solidaria.

Cada etapa ha fortalecido mi convicción de que la educación transforma realidades. Y en cada una de ellas, reconozco la huella de mi historia familiar: el esfuerzo de mis padres, la solidaridad entre hermanos y la certeza de que la educación abre caminos que antes parecían inalcanzables.

Por eso me hice docente. Porque encontré en la educación una forma de dar continuidad a lo que mis padres iniciaron: abrir caminos. Porque creo en el poder de la infancia como etapa fundamental para el desarrollo humano. Porque estoy convencida de que cada niño merece ser escuchado, respetado y acompañado en su proceso.

Ser docente no es sólo una profesión, es una forma de contribuir a la construcción de un futuro más justo. Es sembrar, todos los días, pequeñas semillas que, con el tiempo, pueden transformarse en grandes cambios.

*Doctora. Supervisora de la Zona 96 de preescolar estatal en Tonalá, Jalisco.
yeimi.mejia@jaliscoedu.mx